

Las Sombras de Buenos Aires

El nexó

Los tres juntos, por primera vez

B1 · Español latinoamericano

15 capítulos · 27.500 palabras · Vocabulario · Preguntas · Respuestas

Buenos Aires · Magia · Vampiros · Hombres lobo · taleivo.com

Sobre esta historia

El nexó es el cuarto libro de la serie *Las Sombras de Buenos Aires*. Es la historia donde los tres protagonistas de los libros anteriores se encuentran por primera vez y tienen que trabajar juntos para cerrar algo que alguien abrió hace mucho tiempo.

Luca tiene el protocolo. Valeria tiene el mando de La Cámara. Marcos tiene el mapa de la ciudad. Los tres juntos tienen lo que ninguno tiene solo. Y hay alguien dentro de los grupos que no quiere que eso funcione.

Esta es una lectura graduada en nivel B1 de español latinoamericano. Cada capítulo incluye vocabulario, preguntas de comprensión y una clave de respuestas al final.

Para disfrutar este libro al máximo, se recomienda leer primero los Libros 1 (El despertar de Luca), 2 (La ascensión de Valeria) y 3 (El último rugido de Marcos). El nexó converge las tres historias en un punto común.

Índice

01	El comienzo
02	La Cámara en crisis
03	El pedido de Tomás
04	El segundo libro
05	El café de Palermo
06	Ramiro
07	Don Aurelio
08	Tomás
09	La primera reunión en la Usina
10	Preparación
11	La revisión
12	La noche anterior
13	La fábrica
14	El cierre
15	Lo que quedó
—	Clave de respuestas

Capítulo 01

El comienzo

Hermana Beatriz puso el libro sobre la mesa de la sacristía sin decir nada.

Era diferente al libro jesuita que Luca había leído el año anterior. Más delgado, con tapas de cuero negro que habían perdido casi todo el brillo original, y sin letras visibles en la portada. La única señal de que era un libro y no simplemente un objeto negro era el hilo de cuero que lo cerraba, atado con un nudo que Luca no reconoció como ningún nudo ordinario.

"¿Qué es?" preguntó Luca.

"El segundo libro de la tradición jesuita." Hermana Beatriz se sentó. "El primero te enseñó a diagnosticar. Este te enseña a intervenir."

"¿Intervenir cómo?"

"A cerrar lo que otros abrieron."

Luca miró el libro. Lo miró de la misma manera que había mirado el primero la primera vez: con la corriente abierta, buscando lo que los ojos no podían ver. Lo que encontró esta vez no era el reconocimiento cálido del primer libro. Era algo más denso, más urgente, como el calor de algo que lleva mucho tiempo esperando ser usado.

"¿Cuándo me lo ibas a dar?" preguntó Luca.

"Cuando fueras a necesitarlo." Hermana Beatriz tomó el mate. "Ese momento es ahora."

Las aperturas habían crecido.

Luca lo había notado tres semanas atrás, cuando la rutina de diagnóstico pasivo que hacía desde hacía meses le devolvió lecturas que eran entre un quince y un veinte por ciento más intensas que las de la semana anterior. No era una fluctuación normal. Las aperturas fluctuaban, sí, pero dentro de rangos que Luca había aprendido a reconocer como su variación habitual. Lo que estaba pasando ahora no era fluctuación. Era crecimiento sostenido.

Lo había documentado en el cuaderno verde: fechas, horas, intensidades. Había construido un gráfico rudimentario en una de las últimas páginas. La línea iba hacia arriba de manera consistente.

Se lo había contado a Hermana Beatriz la semana anterior. Ella había escuchado sin sorpresa, como escuchaba siempre las cosas que confirmaban algo que ya sabía.

"¿Cuánto tiempo tenemos?" había preguntado Luca entonces.

"No lo sé con exactitud. Pero poco."

Ahora, en la sacristía, con el segundo libro sobre la mesa, la respuesta implícita era: menos de lo que pensaba.

"El protocolo de cierre", dijo Hermana Beatriz, "requiere tres condiciones." Levantó un dedo. "Primero: el que cierra debe estar en el punto exacto de máxima concentración del nexo. No cerca. Exactamente encima." Levantó el segundo dedo. "Segundo: debe haber protección activa mientras dura el cierre, porque lo que hay adentro va a intentar impedirlo con todo lo que tiene." El tercer dedo. "Tercero: el cierre debe completarse de una sola vez. Si se interrumpe, el nexo queda más abierto de lo que estaba."

"¿Cuánto dura?"

"Depende de la profundidad de la apertura. Para lo que hay en la Usina del Arte..." Hermana Beatriz miró el libro. "Entre veinte minutos y una hora."

Luca procesó eso. Una hora en el punto exacto del nexo, con demonios intentando impedirlo, mientras alguien más los mantenía afuera.

"Voy a necesitar ayuda", dijo Luca.

"Sí."

"¿Y ya sé de quién."

Hermana Beatriz lo miró con la expresión que tenía cuando Luca decía algo que ella ya sabía pero que necesitaba escuchar de él.

"La vampira y el hombre lobo", dijo Luca.

"Sí", dijo Hermana Beatriz. "Los que encontraste en la Usina."

Luca abrió el cuaderno verde en la última página escrita. Tenía el número de Valeria Montero y el número de Marcos Díaz guardados en el teléfono desde la noche de La Boca. Los había mirado varias veces en las semanas siguientes sin llamar, porque cada vez que estaba a punto de hacerlo pensaba que todavía no tenía suficiente para la conversación que necesitaba tener.

Ahora tenía el segundo libro. Tenía el protocolo. Tenía el gráfico de crecimiento.

Era suficiente para la conversación.

"¿Y Diego?" preguntó Luca.

Hermana Beatriz tardó un momento. "Diego sabe que hay algo. Lo sabes tú. Eso ya no cambia." Una pausa. "Pero lo que viene ahora es diferente a lo que pasó hasta ahora. Diego debería saber que es diferente."

Luca cerró el cuaderno.

Era la conversación que había postergado durante meses.

Esa noche, cuando volvió al apartamento y Diego estaba en la cocina haciéndose pasta, Luca se sentó en la silla de enfrente y dijo: "Necesito contarte algo."

Diego dejó la cuchara.

"¿Cuándo empezamos?" preguntó Diego.

"Ahora", dijo Luca.

Y empezó desde el principio. No desde el laboratorio, que ya sabía Diego. Desde la noche de Palermo. Desde Hermana Beatriz. Desde el libro jesuita y las aperturas y el nexo y los demonios que habían estado creciendo en la ciudad durante más de un año.

Diego escuchó sin interrumpir durante cuarenta minutos.

Cuando Luca terminó, Diego fue a apagar el fuego de la hornalla porque la pasta se había pegado mientras escuchaba. Miró el fondo de la olla quemado. Miró a Luca.

"¿Y ahora qué?" preguntó Diego.

"Ahora vamos a intentar cerrar lo que alguien abrió."

"¿'Vamos'?"

"Yo, la vampira, y el hombre lobo."

Diego asintió despacio. Era la manera de Diego de procesar las cosas imposibles: asintiendo, como si el asentimiento las anclara a la realidad.

"¿Puedo hacer algo?" preguntó Diego.

Luca pensó en eso.

"Sí", dijo finalmente. "Quedarte aquí. Y contestar el teléfono si llamo."

Los dieciséis meses que habían pasado desde el incendio del laboratorio habían cambiado a Luca de maneras que a veces notaba y a veces no.

Lo que sí notaba: que leía diferente. Antes de Hermana Beatriz, leer era encontrar información. Ahora leer era también buscar lo que el texto no decía explícitamente, los espacios entre las frases donde la tradición guardaba cosas que no podía escribir de manera directa porque escribirlas directamente habría sido peligroso o incomprensible para quien no estuviera preparado para recibirlas.

El segundo libro jesuita era un texto lleno de esos espacios.

Lo que había en los espacios entre las instrucciones del protocolo era la historia de alguien que había hecho esto antes. No una historia narrada de manera directa: una historia implícita en el orden de las instrucciones, en los detalles que el misionero había elegido mencionar y en los que

había elegido no mencionar.

El misionero sabía que el protocolo podía fallar. Había visto o escuchado de un caso donde falló. Las instrucciones más detalladas eran exactamente las instrucciones sobre los puntos donde el fallo era más probable: el momento del establecimiento inicial, el período entre los diez y los veinte minutos, y el momento de la señal de completado. Esos tres momentos recibían más palabras que todo el resto del protocolo junto.

Luca los había memorizado de manera diferente al resto del texto. No memorización de palabras sino de sensaciones: qué debería sentir en cada uno de esos momentos, qué era la señal de que estaba funcionando y qué era la señal de que no.

Hermana Beatriz lo había ayudado con eso. "El libro te dice qué hacer", había dicho Hermana Beatriz. "Lo que te digo yo es cómo sabe el cuerpo que lo está haciendo."

Era la distinción más importante que Luca había aprendido en dieciséis meses: la diferencia entre saber algo y saber cómo se siente saber algo. La segunda forma de conocimiento era la que funcionaba cuando la presión era demasiada para el pensamiento consciente.

Y lo que venía iba a ser demasiado para el pensamiento consciente.

Diego, esa noche, después de la conversación en la cocina, fue a su cuarto y cerró la puerta. Luca escuchó que ponía música, lo cual era lo que Diego hacía cuando necesitaba procesar algo que excedía sus categorías habituales.

Media hora después, Diego abrió la puerta y asomó la cabeza.

"Una pregunta", dijo Diego.

"Sí."

"La vampira y el hombre lobo. ¿Son buena gente?"

Luca lo pensó con honestidad.

"Son personas que hacen lo que creen que es correcto para lo que son y para los que dependen de ellos." Pausa. "En lo que importa para esta noche, sí."

Diego asintió.

"De acuerdo", dijo Diego, y cerró la puerta.

Era la evaluación más concisa y más exacta que Luca podría haber dado de Valeria y Marcos en ese momento.

El cuaderno verde que Luca había llenado durante dieciséis meses era, al final de esa noche de conversación con Diego, el objeto que mejor representaba lo que había cambiado.

No las páginas de análisis técnico. No los esquemas de las aperturas. Las páginas donde había escrito cosas que no eran análisis: preguntas que no sabía cómo responder, observaciones sobre lo que sentía cuando la corriente hacía algo que no esperaba, notas sobre Hermana Beatriz que eran más parecidas a un diario que a apuntes de estudio.

Esas páginas eran la historia de alguien que había aprendido que entender algo intelectualmente y entender cómo eso cambia lo que sos son dos procesos distintos. El segundo tardaba más. Y era el que importaba cuando la situación requería que uno actuara desde lo que era, no desde lo que sabía.

En dieciséis meses, Luca había llegado a un punto donde los dos procesos coincidían más de lo que habían coincidido al principio.

No completamente. Pero suficientemente.

Lo que Diego hizo después de que Luca le contó todo fue, en los días siguientes, exactamente lo que había dicho que haría: quedarse y contestar el teléfono.

Pero también hizo algo más que no había dicho que iba a hacer: buscó información sobre la Usina del Arte. No sobre el nexa, que no estaba en ninguna página de internet. Sobre el edificio. Su historia, su arquitectura, los materiales de construcción, la razón por la que los ingenieros de 1916 la habían ubicado en ese punto específico de La Boca.

Encontró referencias a propiedades del subsuelo que los ingenieros de la época habían mencionado en los documentos técnicos de la obra. Las propiedades eran descritas en términos de conductividad electromagnética, que era el vocabulario de 1916 para algo que los ingenieros podían medir sin entender completamente.

Diego le mostró eso a Luca tres días antes de la operación.

Luca lo leyó. Lo leyó dos veces.

"Esto confirma algo que el libro dice pero no explica", dijo Luca.

"¿Qué dice el libro?"

"Que los nexos no son accidentales. Que están donde están por razones que tienen que ver con la estructura profunda del lugar." Luca miró el documento en la pantalla de Diego. "Los ingenieros de 1916 detectaron algo sin saber qué era. Lo que construyeron encima lo amplificó."

Diego procesó eso.

"Entonces la Usina no causó el nexa", dijo Diego.

"No. Pero ayudó a que se hiciera más fuerte."

Era la pieza de información que faltaba en el análisis. Y había llegado de Diego, que no era ni mago ni vampiro ni weerwolf.

Era la versión más concreta del argumento de Hermana Beatriz sobre por qué ciertas tradiciones habían sobrevivido en contextos universitarios: el conocimiento se guardaba en lugares donde podía encontrarse cuando alguien lo necesitaba.

Era poco. Era también, en la experiencia de Luca, exactamente lo que un buen compañero de cuarto podía dar.

Vocabulario

intervenir — to intervene / to act

Ej: El segundo libro te enseña a intervenir, a cerrar lo que otros abrieron.

la portada — the cover (of a book)

Ej: No había letras visibles en la portada del libro negro.

el nudo — the knot

Ej: El libro estaba cerrado con un nudo que Luca no reconoció.

sostenidola — sustained / ongoing

Ej: No era fluctuación sino crecimiento sostenido.

la fluctuación — the fluctuation

Ej: Las aperturas fluctuaban dentro de rangos normales, pero esto era diferente.

rudimentariola — rudimentary / basic

Ej: Había construido un gráfico rudimentario en el cuaderno.

la hornalla — the burner / stove ring (Arg.)

Ej: Diego fue a apagar el fuego de la hornalla porque la pasta se pegó.

anclar — to anchor

Ej: Diego asentía como si el asentimiento anclara las cosas imposibles a la realidad.

el protocolo de cierre — the closing protocol

Ej: El protocolo de cierre requiere tres condiciones específicas.

postergadola — postponed / put off

Ej: Era la conversación que Luca había postergado durante meses.

Preguntas de comprensión

1. ¿En qué se diferencia el segundo libro jesuita del primero?
2. ¿Cuáles son las tres condiciones del protocolo de cierre según Hermana Beatriz?
3. ¿Cómo sabe Luca que las aperturas están creciendo?
4. ¿Qué le cuenta Luca a Diego esa noche y desde dónde empieza?
5. ¿Qué le pide Luca a Diego que haga y por qué es importante?